

La  
PLA-  
PLA

★ MARÍA ELENA WALSH



## MARÍA ELENA WALSH

Nació en Ramos Mejía, provincia de Buenos Aires, el 1° de febrero de 1930. A los diecisiete años publicó su libro de poemas *Otoño imperdonable*, recibido con elogios por la crítica. En 1949 viajó a Estados Unidos, invitada por el poeta Juan Ramón Jiménez. Una verdadera juglar de nuestros tiempos, con Leda Valladares formó el dúo Leda y María, que en París se inició con el canto de tradición oral de la región andina; allí se relacionaron con artistas como Atahualpa Yupanqui o la chilena Violeta Parra y difundieron nuestro folclore, actuando con notable éxito.

De regreso a la Argentina, grabaron sus primeros álbumes: *Entre valles y quebradas*, *Canciones del tiempo de Maricastaña*, *Leda y María cantan villancicos*; *Canciones de Tutú Marambá*, donde se incluyeron las primeras letras que harían famosa a Walsh. Le siguieron numerosos programas para televisión, espectáculos teatrales y libros. El dúo se separó en 1963 y María se convirtió en la primera cantautora de música infantil de la historia argentina. Sus deliciosos perso-

najes: la Hormiga Titina, la Vaca Estudiosa, la Mona Jacinta, Manuelita la Tortuga trascendieron las generaciones, y Manuelita hasta posee un monumento en la ciudad de Pehuajó. Entre sus libros figuran: *Tutú Marambá*, *El Reino del Revés*, *Zoo loco*, *Hecho a mano*, *Juguemos en el mundo*, *Cuentopos de Gulubú*, *Dailan Kijiki*, *Chaucha y Palito*, *Versos para cebollitas*, *Manuelita ¿dónde vas?*; *Aire libre* (1967), un libro de lectura escolar que causó polémicas. Sus obras para chicas y chicos, tan frescas y desacartonadas para la época, introdujeron el humor y el disparate y significaron un impulso fundamental para la renovación y el crecimiento de la literatura infantil argentina. En plena dictadura, su artículo “Desventuras en el país jardín de infantes”, publicado –sorprendentemente– el 16 de agosto de 1979 en un suplemento cultural del diario Clarín, constituyó un ejemplo de resistencia frente a la censura y las listas negras del proceso; por supuesto, ella sufrió esas persecuciones y algunas letras de sus canciones también fueron prohibidas.

**F**elipito Tacatún estaba haciendo los deberes. Inclinado sobre el cuaderno y sacando un poquito la lengua, escribía enruladas "emes", orejudas "eles" y elegantísimas "zetas".

De pronto, vio algo muy raro sobre el papel.

—¿Qué es esto? —se preguntó Felipito, que era un poco miope, y se puso un par de anteojos.

Una de las letras que había escrito se despatarraba toda y se ponía a caminar muy oronda por el cuaderno.


Felipito no lo podía creer, y sin embargo era cierto: la letra, como una araña de tinta, patinaba muy contenta por la página.

Felipito se puso otro par de anteojos para mirarla mejor.

Cuando la hubo mirado bien, cerró el cuaderno, asustado, y oyó una vocecita que decía:

—¡Ay!





Volvió a abrir el cuaderno valientemente y se puso otro par de anteojos y ya van tres.

Pegando la nariz al papel, preguntó:

—¿Quién es usted, señorita?

Y la letra caminadora contestó:

—Soy una Plapla.

—¿Una Plapla? —preguntó Felipito asustadísimo— ¿qué es eso?

—¿No acabo de decirte? Una Plapla soy yo.

—Pero la maestra nunca me dijo que existiera una letra llamada Plapla, y mucho menos que caminara por el cuaderno.

—Ahora ya lo sabes. Has escrito una Plapla.

—¿Y qué hago con la Plapla?

—Mirarla.

—Sí, la estoy mirando pero... ¿y después?

—Después, nada.

Y la Plapla siguió patinando sobre el cuaderno, mientras cantaba un vals con su voz chiquita y de tinta.

Al día siguiente, Felipito corrió a mostrarle el cuaderno a su maestra, gritando entusiasmado:

—¡Señorita, mire la Plapla, mire la Plapla!



dia soleado

cielo

6

4

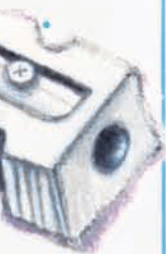
3

5

2

1

tierra



La maestra creyó que Felipito se había vuelto loco.



Pero no.

Abrió el cuaderno, y allí estaba la Plapla bailando y patinando por la página y jugando a la rayuela con los renglones.

Como podrán imaginarse, la Plapla causó mucho revuelo en el colegio.

Ese día, nadie estudió.

Todo el mundo, por riguroso turno, desde el portero hasta los nenes de primer grado, se dedicaron a contemplar a la Plapla.

Tan grande fue el bochinche y la falta de estudio, que desde ese día la Plapla no figura en el abecedario.

Cada vez que un chico, por casualidad, igual que Felipito, escribe una Plapla cantante y patinadora la maestra la guarda en una cajita y cuida muy bien de que nadie se entere.

Qué le vamos a hacer, así es la vida.

Las letras no han sido hechas para bailar, sino para quedarse quietas una al lado de la otra, ¿no?



© María Elena Walsh.  
c/o Guillermo Schavelzon & Asociados. Agencia Literaria.  
[www.schavelzon.com](http://www.schavelzon.com)